

Jorge Valenzuela Garcés

Juegos secretos.

Lima, Casa Editora Escombros, 2011; 104 pp.

Profesor universitario y escritor perteneciente a la generación de narradores de los ochenta, Jorge Valenzuela (Lima, 1962) dirige el Taller de Narración en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. Ha publicado ya tres libros de cuentos: *Horas contadas* (1988), *La soledad de los magos* (1994) y *La sombra interior* (2006). Ahora nos entrega un cuarto volumen: *Juegos secretos*. Se trata de seis cuentos de temática urbana en los que, como rasgos formales predominantes, podemos destacar un acertado uso del diálogo y una buena fluidez narrativa.

Sobre la base de la narratología de Gérard Genette, sabemos que hay tres tipos de narrador: el heterodiegético, cuando es una instancia ajena al mundo representado; el homodiegético, cuando el narrador es un personaje secundario y cuenta la historia como si fuera un testigo de la misma; y el autodiegético, vale decir, cuando el personaje fundamental de la historia narra la historia en primera persona. Valenzuela elige esta última opción que es la utilizada, por ejemplo, por Albert Camus en *L'étranger*. Ello, indudablemente, le permite algunas ventajas (caracterizar mejor al protagonista medular del relato) y ciertos riesgos (los lectores ven el mundo representado a través solo de la subjetividad del narrador autodiegético y, por lo tanto, este último debe tener un mundo interno muy sugestivo y fecundo). Estos obstáculos son superados por Valenzuela debido a su gran conocimiento de la tradición literaria.

Desde el punto de vista estilístico, la prosa es directa y no se detiene en descripciones decorativas. A veces, nos recuerda el tono de Julio Ramón Ribeyro y

su medida expresiva; en otros momentos, percibimos que Valenzuela conoce muy bien la prosa de algunos escritores norteamericanos como Henry James o Ernest Hemingway. Además, se observa un conocimiento profundo de la narrativa de Jorge Luis Borges, en particular, de algunos textos como "Emma Zunz" o los breves pero sugerentes relatos de *Historia universal de la infamia*.

La lectura, desde las primeras páginas, atrapa al lector, quien se ve incitado a desentrañar algunos rasgos de la trama narrativa y se encuentra deseoso de saber el desenlace de la misma. Valenzuela no abusa del empleo del diálogo, sino que lo alterna con el discurso del narrador de manera equilibrada. Por eso, podemos afirmar que *Juegos secretos* es ya un libro de madurez pues no se percibe allí el titubeo ni los ademanes retóricos ni los escarceos truculentos del escritor principiante, sino la perspectiva de un autor ya seguro de sí mismo que construye su propia voz.

Los personajes de Valenzuela (por ejemplo, el hermano que mata al inquilino en "No juegues con fuego") son testimonio de lo que Peter Sloterdijk llama "razón cínica". Tratan de aparentar que les importa algo en la vida pero, en realidad, parecen tener una óptica nihilista o desencantada. Al final, reconocen su error o su condición humana sin el menor asomo de culpa o resentimiento. No obstante, el mérito de Valenzuela es haberles dado una gran profundidad psicológica a estos personajes, pues el lector siente que son seres humanos que juegan con su destino como si este fuera un mazo de naipes.

“No juegues con fuego” es uno de los mejores cuentos del conjunto porque permite identificar la complejidad de las relaciones familiares: el narrador homicida, la hermana sumida en una profunda depresión y el inquilino asesinado. Hay una atmósfera policial que se impregna en el relato: el largo desfile de los interrogatorios y el modo como se va evidenciando la verdad (es decir, quién fue el autor del homicidio); sin embargo, Valenzuela no cae en el detalle intrascendente ni se dedica a mitificar el horror ni la crueldad del asesino. Recorre la psicología de los personajes y evita todo tipo de maniqueísmo: no divide a los protagonistas en buenos y malos, sino que ellos poseen una misteriosa complejidad.

Valenzuela sabe emplear el dato escondido para sorprender a sus lectores: tal es el caso del tercer relato, donde solo al final sabemos que Rita es una prostituta. Otro texto, “Gente guapa”, explora

el complejo problema del racismo y de la discriminación sin caer en el tono de panfleto, sino a través de una puntillosa trama narrativa, hecho que trae a la memoria algunos cuentos de Ribeyro (“De color modesto”, por ejemplo) En “Rita” se reflexiona, con escepticismo, acerca de la contradictoria, falaz y epidérmica modernización de Lima.

En los cuentos de Valenzuela el empleo de los procedimientos narrativos siempre es pertinente y nos permite penetrar en la oscura psicología de los personajes, aspecto que podemos considerar, junto con el notable manejo de la prosa, como uno de los logros de este libro. En efecto, en la vida de los personajes asoma el mal y el cinismo como dos constantes que determinan y, al final, explican sus vidas. Este elemento los convierte en actores de una farsa, vale decir, en actores de la vida que nos asedia de modo interminable (*Camilo Fernández Cozman*).